

UNA REVOLUCIÓN DEMOCRÁTICA PARA EL SALVADOR

Por Joaquín Villalobos

Cualquier discusión de la realidad política en El Salvador debe fundarse en dos hechos obvios y generalmente aceptados primero, el colapso del gobierno Demócrata Cristiano apoyado por los Estados Unidos, y segundo, la necesidad de una solución política negociada del conflicto actual

El Presidente José Napoleón Duarte ha fracasado porque sus políticas económicas y políticas respondieron a las exigencias políticas de Estados Unidos, y no a las necesidades internas reales de El Salvador Como resultado, sólo ha logrado acelerar la descomposición política de su propia administración

Se puede lograr una solución negociada que establezca a El Salvador solamente después de un cambio significativo en la correlación de fuerzas y solamente a través de acuerdos y pactos internos y que expresen los intereses de los diversos sectores sociales y políticos Una buena comprensión de este hecho proporciona el punto de partida para el programa revolucionario del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN)

Las revoluciones reflejan la realidad concreta en la cual se desarrollan Por lo tanto, cada revolucionario debe desarrollar sus propios conceptos y modelos Para entender el esfuerzo revolucionario salvadoreño hay que entender el contexto histórico en el cual se desarrolló

Algunos observadores temen que el programa revolucionario del FMLN responde más a un esquema o definición ideológica que a las condiciones objetivas de El Salvador Se ha dicho que un triunfo revolucionario en El Salvador significaría la implementación de planes radicales Algunos hasta han hablado del peligro que se produzca en un régimen tal como el del dictador depuesto camboyano Pol Pot



Comandante Joaquín Villalobos máximo responsable del ERP.

La misma Administración Reagan alzó el espectro de un FMLN duro y radical Como resultado, las fuerzas que de otro modo aceptan y entienden la necesidad de un cambio revolucionario en El Salvador, se sienten obligados a apoyar una política de agresión en Centro América, ya que no perciben ninguna manera de reconciliar la realidad interna, la cual parece exigir un cambio, con la realidad externa, la

cual, vista a través del marco geopolítico que enfrenta Centro América y América Latina, impone limitaciones

La Administración Reagan, en uno de sus argumentos en contra de un cambio en la política de Estados Unidos, sostenía que la revolución en El Salvador presenta un peligro a la seguridad nacional de Estados Unidos Otro argumento de tipo geopolítico es que un triunfo revolucionario no podría

consolidarse porque no pondría fin a los conflictos dentro del país sino traería otra guerra, o sea una guerra contrarrevolucionaria dirigida por Estados Unidos contra El Salvador

A fin de cuentas, no ha cuestión de compartir o no compartir el poder, sino de forjar una democracia verdadera en El Salvador. Estados Unidos quiere que el FMLN acepte como democrático a un gobierno totalmente sometido a la voluntad de aquel país, con el verdadero poder en manos del ejército y con el poder económico en manos de la oligarquía terrateniente. La antipatía de Estados Unidos ante el cambio revolucionario en El Salvador no lo deja juzgar correctamente la naturaleza de este tipo de cambio, aún si fuera el resultado de un triunfo militar del FMLN y mucho más si fuera el resultado de un proceso de negociación. Si El Salvador se lanzara por fin en el camino de las reformas necesarias, podría ayudar a estabilizar la región y el continente. Si Estados Unidos entendiera y aceptara este hecho, esto contribuiría a un equilibrio que podría evitar nuevas guerras en América Latina.

Para el FMLN, estas ideas pragmáticas ofrecen la base para una convergencia política entre los distintos partidos en el país, pero no descartan la necesidad de una solución negociada. La forma en la que han ido evolucionando los eventos confirma que los arreglos actuales que rigen el poder militar, económico y político en El Salvador no podrían continuar inalterados. Intentar impedir el cambio es promover la continuación de la guerra.

Pero todas las alegaciones del supuesto radicalismo o del peligro geopolítico se apoyan en un análisis superficial tanto del FMLN como de la correlación de fuerzas internas y externas que han influido en su desarrollo. Como respuesta a dichas alegaciones, el FMLN sabe que no puede hacer un simple llamado a la buena fe ni citar sus discursos y palabras en un intento por ganar la aceptación de su programa. Tiene que demostrar que el contexto histórico interno y externo del país requiere que el cambio revolucionario en El Salvador sea basado en

un modelo amplio y abierto, y que el pensamiento del FMLN tome en cuenta este factor determinante. De otra manera, el FMLN cometería un error. Se aislaría de las fuerzas que son centrales para traer al país los cambios profundos, serios y realistas que se necesitan para mantener el apoyo interno.

Los movimientos revolucionarios enfrentan el desafío de mantener un análisis objetivo de la realidad de sus países, en vez de caer en "sueños voluntaristas" motivados por factores ideológicos. Cuando las acciones revolucionarias se inspiran en objetivos ideológicos más que en realidades concretas o históricas, entonces caen en el dogmatismo. El movimiento revolucionario mantiene generalmente una lucha permanente contra el dogmatismo. Reconocer el peligro del dogmatismo no es asunto de concesiones sino que es parte inherente del carácter del cambio revolucionario. No es cuestión de repartir la revolución en dosis medidas para que sea aceptable, sino es cuestión de reconocer que las condiciones actuales son distintas a las que prevalecían durante la lucha revolucionaria en otros países en otras épocas.

Sería deshonesto y ridículo negar la influencia del marxismo y el leninismo dentro del FMLN. En primer lugar, pocos o hasta nadie creería ese tipo de negación, y en segundo lugar, no sería cierto. Además, los revolucionarios no podemos negar la influencia marxista-leninista únicamente para defendernos contra el anticomunismo retrógrado.

En general, la clase media de la mayoría de las sociedades está bombardeada por una serie de creencias acerca de los revolucionarios y las revoluciones, lo cual es motivado no sólo por una preocupación por ciertos intereses materiales sino también es influenciado por una carga ideológica con respecto a lo que realmente es el marxismo-leninismo: una teoría dentro de las ciencias sociales.

La sociedad estadounidense en particular está saturada de la ideología y creencias anticomunistas que impiden a sus miembros ver la realidad. El re-

sultado es una serie de políticas equivocadas. La ideología es lo que impulsa a Estados Unidos a inventar más recursos en la lucha contra los hambrientos que en el esfuerzo por terminar con el hambre. Pero es un error histórico serio considerar su propia sociedad un modelo universal y rechazar totalmente otros modelos en un mundo lleno de complejidades entre las distintas sociedades, cada una con sus determinantes históricos distintos, cada una con su propio patrón de desarrollo. La influencia del marxismo-leninismo como teoría de las ciencias sociales ya se volvió universal. Este hecho se acepta tanto en el campo socialista como en el mundo capitalista. El FMLN entiende el marxismo-leninismo como una disciplina científica para analizar la realidad y como una teoría de organización para la lucha. Pero no convertimos los principios del marxismo-leninismo en un dogma que nos pudiera aislar de la realidad. Ese tipo de enfoque sería contradictorio al requisito de un enfoque científico en el trabajo político. En otras palabras, el FMLN no discute sobre teoría o definiciones ideológicas sino sobre la realidad.

Este enfoque no significa que no se han tratado las ideas revolucionarias de manera ideológica en el pasado. Pero este hecho se explica como parte del desarrollo de estas ideas y como una reacción defensiva necesaria ante los esfuerzos hechos para impedir su propagación. Sin embargo hoy, la comunicación social está altamente desarrollada en el mundo, y se vuelve cada vez más difícil impedir la circulación de las ideas por todas partes. Cada revolución tiene que adaptarse a las realidades que enfrenta y construir sobre la base de su propio pensamiento.

Sería un error dar por sentado cierto comportamiento político por parte de una persona o partido en base únicamente a su discurso sin tomar en cuenta los factores que han determinado el comportamiento en cuestión. Por ejemplo, es un error presumir que las acciones políticas de los "comunistas" automáticamente merecen desconfianza, o que los revolucionarios que proclaman intenciones moderadas se volverán totalmente "comunis-

tas" una vez que estén en el poder. Este tipo de enfoque es subjetivo y no realista. Una examinación del contexto dentro del cual opera el FMLN, del desarrollo de su pensamiento político hasta la fecha, de las prácticas que han seguido, y del curso que los eventos probablemente tomarán en el futuro, demostrará la falta de fundamento que tienen las acusaciones sobre el carácter radical del FMLN.

De hecho, el FMLN a través de su historia ha demostrado una capacidad notable para adaptarse a las situaciones cambiantes. Esta adaptabilidad explica por qué ha sido capaz de resistir, avanzar y renovar su lucha y pensamiento político. En el principio, el movimiento revolucionario salvadoreño sostenía posiciones muy ideológicas, pero se encontraba bajo la influencia de una multiplicidad de corrientes y debates dentro del movimiento revolucionario mundial. Después pasó por un período de lucha ideológica fuerte y enfrentó algunos momentos muy críticos. Ahora ha surgido con un nuevo sentido de madurez. Ha aprendido de la experiencia.

El FMLN, respondiendo a la realidad, ha demostrado una gran capacidad de sostener una influencia política entre las masas y de enfrentar el desafío del debate político. En ese sentido, es importante notar algunos aspectos del FMLN tales como su base cristiana fuerte, su integración de la mujer, sus políticas de auto-gestión entre la población, su capacidad de emprender el diálogo, sus propuestas pragmáticas para la negociación y el desescalamiento de la guerra, su unidad y alianza sólidas, y sobre todo, su capacidad de aprovechar correctamente las coyunturas históricas críticas y adaptarse a las nuevas situaciones. También tiene importancia el reconocimiento internacional importante de lo cual goza. Su nivel de representación en el exterior subraya la capacidad del FMLN de sostener relaciones con un amplio espectro de pensamiento político.

Algunos observadores intentan esbozar el futuro programa del FMLN, tales como el sabotaje y el minado. Sin embargo, hay que preguntarse si



Dirigentes del FMLN-FDR, después de una ronda de diálogo

este tipo de acciones radicales —las cuales forman parte del conjunto de tácticas actuales y no del programa histórico del movimiento— no podrían explicarse más bien como respuesta al nivel de intervención de Estados Unidos en el conflicto que como una voluntad política radical por parte del FMLN.

La cantidad de salvadoreños masacrados a través del genocidio ha llegado aproximadamente a 70,000. Un millón de personas han sido desplazadas. Estados Unidos ha gastado \$ 3 mil millones y ha desplegado su tecnología para devastar a El Salvador con fuego y muerte. En tales circunstancias es difícil, sino imposible, esperar que el FMLN libere una guerra exitosa y se enfrente a la intervención de Estados Unidos mediante un tipo de guerra de Robin Hood. Las tácticas adoptadas aquí han resultado efectivas para detener y derrotar una agresión injusta e inhumana. Estas tácticas han resultado efectivas para defender un objetivo amplio, democrático y realista.

Estados Unidos ha pretendido pintar al FMLN como un movimiento terrorista. Pero el FMLN no tiene sus raíces en la protesta religiosa o nacionalista que la obligaría a recurrir al fanatismo. El FMLN no es una organización terrorista. Sus prácticas militares pretenden

ganar el apoyo de la sociedad, no pretenden causar bajas civiles de manera intencional y premeditada. Al contrario, las fuerzas armadas asesoradas por Estados Unidos sí emprenden ese tipo de acciones cuando llevan a cabo bombardeos y cuando masacran a miles y miles de personas para eliminar y amedrentar la base social de la guerrilla. El FMLN ha defendido sus acciones políticamente en los foros internacionales, inclusive en la ONU. Ha tomado la responsabilidad por sus acciones dentro del contexto de las circunstancias de la guerra. A la vez, ha presentado sus propuestas pragmáticas para desescalar la guerra y reducir el daño a la población civil, un enfoque que ha sido rechazado por el gobierno.

Los que dudan de la buena fe del FMLN en torno a este punto deben preguntarse ¿podría el FMLN continuar su lucha, construir su estrategia y sostener su base social, sus alianzas y su reconocimiento internacional si no fuera capaz de demostrar la mayor flexibilidad política y militar en su programa? Sería difícil creer que el FMLN, cuando sea victorioso y comience a implementar su modelo revolucionario, haga caso omiso de las realidades del país y cambie sus prácticas políticas. Si aceptara como principio fundamental que no debe intentar aislarse

ni distanciarse de los intereses populares. Intentará tomar en cuenta las demás fuerzas sociales y realidades geopolíticas para equilibrar su modelo.

Hay tres factores más importantes que establecen el contexto dentro del cual la revolución de El Salvador necesariamente tiene que desarrollarse: el debilitamiento del militarismo de Estados Unidos, la multipolaridad geopolítica del mundo de hoy, y la composición social de las fuerzas que impulsan el cambio en El Salvador. Sin intentar aquí entrar en un análisis profundo de los Estados Unidos en el mundo de hoy, solamente podemos expresar nuestra convicción de que existen evidencias de un descenso en el militarismo de Estados Unidos, así como una disminución en su capacidad de agresión. En nuestra opinión, Estados Unidos enfrenta una crisis estructural del modelo imperialista que en el aspecto económico Estados Unidos está perdiendo su papel de dirigente entre las economías capitalistas del mundo, este cambio tiene sus repercusiones políticas. A la vez, los avances en el desarme proporcionan al socialismo y otros polos de autoridad independientes mayor espacio de maniobra. Este mundo multipolar condiciona tanto como debilita la voluntad de Estados Unidos de decidir qué pasará y no pasará a nivel internacional.

En nuestro caso ha habido un cambio fundamental en la política de Estados Unidos. Desde la derrota de Estados Unidos en Vietnam, los estrategas estadounidenses han adoptado la opción de la guerra de baja intensidad, la cual representa un esfuerzo por sostener una política de intervención por otros medios. Reconocen que el uso de tropas estadounidenses en El Salvador no sería ni eficaz ni acorde con las realidades políticas dentro de Estados Unidos. En breve, las administraciones que dirigieron la guerra contra Vietnam tenían el campo más libre que los que actualmente dirigen la guerra en Centroamérica. La reducción del militarismo y el cambio en las políticas de intervención directa permiten que los movimientos revolucionarios, anteriormente amenazados con el sitio y el desgaste, y enfrentando reveses, hoy reciban más espacio para actuar

en el escenario político. Aunque persiste la política del imperio, existe una diferencia obvia para los demás: entre prepararse para defenderse ante la amenaza de la invasión y prepararse para una invasión segura.

Bajo estas nuevas condiciones, la confrontación política toma un papel predominante. Se requiere una estrategia abierta y flexible para tomar el poder y defender la revolución. Vale la pena notar que las revoluciones que sucedieron antes de la nicaraguense ocurrieron en un momento cuando el imperialismo perseguía una política más dura y agresiva y por lo tanto tenían que ser más rígidas. Por ejemplo, la revolución bolchevique tuvo que enfrentarse al fascismo con el costo terrible de 20 millones de muertos; los revolucionarios fueron obligados a enfocar todas sus energías en el esfuerzo por sobrevivir, un enfoque que fue justo y correcto en el momento.

Hoy todavía no puede decirse que las intervenciones han terminado y que no se repetirán. Por otra parte, existen otras formas de intervención aparte de las invasiones —bloqueos económicos, ejércitos mercenarios, y el peligro permanente que Estados Unidos pudiera aprovechar de un momento de debilidad temporal, un error, o una situación concreta para intervenir. Sin embargo, las condiciones que permitieron a Estados Unidos interve-

nir en la República Dominicana en 1965 y en Grenada en 1983, o aislar a Cuba de América Latina desde principios de los 60, ya no existen. El caso de la política de Estados Unidos en Panamá es aleccionador en este sentido. En ese país, la Administración Reagan había creado cierto grado de oposición interna y lo había aislado temporalmente a nivel internacional. Las tropas estadounidenses ya estaban en el suelo, lo que hacía que la intervención hubiera sido simplemente una cuestión de cruzar la calle. Pero la posición firme y patriótica del gobierno panameño y las Fuerzas de Defensa de Panamá hasta hoy han frustrado el peligro de la intervención por parte de Estados Unidos, ya que una invasión estadounidense de Panamá no sería comparable a la intervención en Grenada. En Panamá el gobierno y las fuerzas de defensa están unidos en torno a la decisión de defender la independencia del país. Por otra parte, la Administración Reagan encontró la oposición interna de los que creían pragmáticamente que Panamá no representa un enemigo y que una intervención constituiría una aventura del gobierno de Estados Unidos que podría iniciar una guerra en un punto sensible a nivel geopolítico.

Hay que plantear la interrogante: ¿No es cierto que los imperios siempre invaden, agreden y pretenden dominar



a otros países? Estados Unidos no ha implementado de hecho, ni siquiera ha intentado una política de coexistencia con el cambio revolucionario, que es inevitable. Jamás ha buscado otras fuentes de relaciones e influencia con los cambios revolucionarios excepto por medio de las amenazas y la guerra. Mientras tanto, América Latina y Europa Occidental comprenden este punto y están abiertas a nuevas realidades y otras perspectivas. Por lo tanto no dejan enmarcar sus políticas exteriores en dictados ideológicos. Estados Unidos se encuentra cada vez más sólo en su aislamiento de Cuba y en sus intentos por pintarla como dictadura. Otros países de las Américas están reanudando sus relaciones con Cuba y están aprendiendo a coexistir con un sistema que no es una dictadura sino una democracia popular que ha resuelto una gran parte de los problemas que enfrenta el pueblo cubano.

Por lo tanto Estados Unidos parece rezagado y demuestra una falta de realismo cuando pretende imponer su sistema capitalista desarrollado en todo el mundo, y en particular en El Salvador, un país de unos 5 millones de personas que ocupa solamente 21,000 Km² y no tiene ni petróleo ni otras materias menos su tierra y su pueblo. El país obviamente requiere otro sistema económico que pueda poner un mayor énfasis en la resolución de las necesidades sociales, sino no podrá sobrevivir y entrar en una guerra sin fin en torno a la tierra y el pan.

Por cierto, el capitalismo desarrollado en el mundo occidental ha funcionado. No se puede negar su desarrollo, fuerza y eficiencia en áreas innumerables. Pero este mismo éxito se ha basado en el colonialismo en África, Asia y América Latina. La historia de la esclavitud y explotación no se puede repetir. Si Estados Unidos hubiera entendido este punto, entonces habría podido hacer más para el pueblo de la región y habría evitado las tensiones asociadas con tener un conflicto importante en su área de influencia, sin duda con menor gasto que los \$ 3 mil millones que ha enviado para librar la guerra en Centroamérica. Es equivocada la idea que la seguridad nacional



de Estados Unidos se encuentre amenazada en El Salvador, y es activada por una visión mundial ideológica anticuada. La Administración Reagan sobreestimó la importancia de El Salvador y quedó atrapada en el pantano de una guerra sin sentido. El mundo en que se está desarrollando la revolución salvadoreña no es el mundo de los 60, cuando se dio la guerra de Vietnam. La geopolítica de hoy es multipolar. Existen más espacios para otros poderes, lo cual afecta claramente no sólo el carácter del proceso revolucionario sino también la conducta de los poderes imperiales. Es imposible reducir el mundo de hoy a una cuestión de capitalismo versus el socialismo. El mundo de hoy es un mundo más complejo de confrontación tecnológica y comercial, con nuevos polos de poderes tales como Japón y Europa Occidental, del socialismo desarrollado con **perestroika** (reestructuración), de una China Socialista modernizante que intenta abrir su propio espacio político, del fortalecimiento de los gobiernos social demócratas, de un sentido emergente de latinoamericanismo, y de un Tercer Mundo unido que lucha por sus propios intereses y se sirve de las corrientes ideológicas múltiples

que emana de las distintas realidades de cada continente.

En este tipo de mundo sería absurdo y antihistórico adoptar un modelo de revolución cerrado. Ese tipo de enfoque impide el desarrollo de la revolución y conlleva a su aislamiento. Esta multipolaridad en gran medida favorece el cambio revolucionario, sin embargo, deja espacio para probar distintos intereses y capacidades. Muchas influencias políticas, económicas e ideológicas entran en juego. Los movimientos revolucionarios no tienen que someterse a un esquema predeterminado ni caer preso de la presión de una guerra. En estas nuevas circunstancias, los movimientos revolucionarios están decididos a mantener la paz y alcanzar el desarrollo lo más rápidamente posible. También en las nuevas circunstancias, a los movimientos se les permite hacerse más flexibles y abiertos. No consideramos esta evolución como una concesión sino más bien una expresión más pura del carácter democrático de los cambios revolucionarios, ya que las revoluciones en su esencia son democráticas. Son y deben ser defendidas no sólo por una correlación de fuerzas sólidas sino también por un programa democrático flexible que represente los amplios sectores, tendencias y realidades, tanto internas como externas. El objetivo es la creación de la democracia para el pueblo entero en las áreas económicas y políticas.

Sin pretender profundizar en la cuestión de la **perestroika** y la complejidad que ésta plantea en el mundo socialista, debe notarse que este movimiento también es el resultado de una nueva correlación de fuerzas a nivel internacional. Hoy, el socialismo ya no corre el riesgo de ser revertido por una invasión o eliminado por una guerra nuclear.

El socialismo, que ya no está amenazado como antes, busca renovarse y mejorarse. Habrá debate entre las tendencias dentro del socialismo, del ala derecha así como de la izquierda. Hay que tomar una posición en torno a estos debates. Pero el debate en sí es un paso positivo para salir de un parálisis anterior. La reforma involucra una lucha compleja en la cual tanto los

avances como los reveses podrían ser necesarios para avanzar

El nuevo pensamiento que está sucediendo dentro del movimiento revolucionario en América Latina hoy es también el resultado de condiciones particulares. Un nuevo pensamiento revolucionario ha resultado de la historia de América Latina y del carácter de sus sociedades, las cuales son diferentes de las en que se desarrolló la primera revolución clásica. Aunque los eventos de Europa Oriental han afectado al mundo entero, la realidad en el Tercer Mundo es totalmente distinta de la Europa. Sería políticamente absurdo vincular a la Unión Soviética a todas las revoluciones emergentes por medio de algún tipo de acuerdo umbilicar ideológico.

Si coincide nuestro esfuerzo revolucionario con la **perestroika** en algún respecto, es en la lucha contra el tipo de dogmatismo y pensamiento ortodoxo que pretende trasladar mecánicamente a nuestro país los modelos clásicos, *sistemas partidarios o estrategia revolucionarios*. De hecho, la lucha contra el dogmatismo dentro del pensamiento revolucionario en América Latina antedata la **perestroika**.

Sería igualmente absurdo considerar el conflicto salvadoreño como parte del conflicto Este-Oeste y esperar así resolverlo por medio de un acuerdo entre Estados Unidos y la Unión Soviética. Las revoluciones no esperan, representan un proceso social inevitable. En el caso de El Salvador, el nivel de crisis que afecta el sistema señala un estallido como resultado de la fuerza acumulada por el movimiento revolucionario, y nadie lo puede detener. El único proceso negociador válido con relación a El Salvador es el que ocurre entre los salvadoreños. Un relajamiento de las tensiones en Centroamérica será posible únicamente si los problemas estructurales de la región se resuelven. Los estallidos que se producen como resultado del hambre se podrán terminar sólo a través del cambio social.

El movimiento revolucionario salvadoreño basado en la alianza del FMLN con el Frente Democrático Revolu-

nario (FDR), incluye entre sus filas a social cristianos, social demócratas y marxistas. Estas alianzas reflejan la situación e historia concretas de El Salvador. No se puede concluir que sólo por ser una organización armada el FMLN impone sus posiciones sobre los demás. Al contrario, la correlación global de fuerzas dentro del movimiento desprende de la naturaleza de la alianza y no sólo de la acción del FMLN. Este punto será aún más claro cuando llegue el momento para que el movimiento revolucionario empiece a definir posiciones, tomar decisiones, y construir una plataforma por medio de un debate político amplio.

La alianza ha sido una educación en el pluralismo para la fuerza que la constituyen. Las distintas fracciones han podido sostener su unidad debido a la necesidad de llevar a cabo una transformación profunda de la sociedad salvadoreña. Sin considerar el papel decisivo que el FMLN podría jugar, la vanguardia del cambio revolucionario no se puede limitar a éste de forma dogmática. La capacidad de la social democracia para influenciar los eventos en América Latina refleja una tendencia histórica y puede trabajar a favor de un equilibrio de poder en lo cual la social democracia surge como un nuevo polo en la correlación internacional de fuerzas. De hecho, ya juega un papel efectivo y positivo en el desarrollo de nuevas revoluciones y su participación tiende a minimizar la radicalización extrema.

El FMLN ha establecido ya una relación histórica y estratégica importante con la social democracia por medio de la alianza FDR-FMLN. Sin embargo, la realidad latinoamericana y salvadoreña no permite una aplicación mecánica del modelo social demócrata europeo del capitalismo desarrollado. No pretendemos presentar la revolución salvadoreña como una revolución social demócrata, además de ser falso, sería esquemático.

Las realidades del Tercer Mundo permiten altos niveles de convergencia política para poder llevar a cabo las transformaciones necesarias de sus sociedades. En nuestro continen-

te, el latinoamericanismo ha adquirido una fuerza enorme desde la revolución sandinista. Aún cuando no existe un frente unido en torno al problema de la deuda externa, existe una plena conciencia entre los amplios sectores de la sociedad en la mayoría de los países latinoamericanos de la necesidad de alcanzar la auto-determinación y disminuir la capacidad de Estados Unidos de imponer su voluntad imperial en el continente para poder alcanzar algún grado de desarrollo y rescatar a América Latina de los grandes levantamientos sociales.

El esfuerzo de paz de Contadora y su extensión, los acuerdos de Esquipulas II, son expresiones claras del deseo latinoamericano de la auto-determinación. El hecho que América Latina, con mayor pobreza y mayores problemas, esté más dispuesta a la coexistencia que los mismos Estados Unidos, representa una contradicción.

Para el FMLN, la base para una solución entre salvadoreños está fundamentalmente contenida en las soluciones centroamericanas y latinoamericanas expresadas en Esquipulas y Contadora. El problema a resolver es la injerencia de Estados Unidos. Todo lo demás está abierto a discusión.

La independencia de América Latina es la cuestión fundamental para todas las fuerzas gubernamentales y políticas de América Latina. Sin la independencia no puede haber desarrollo, sin desarrollo habrán levantamientos y guerras. La mayoría de las fuerzas políticas entienden que los trastornos sociales no son motivados por la ideología y que la injerencia soviético-cubana no provoca este desorden, sino que la obstinación de Estados Unidos es el factor responsable de la inestabilidad ya que el gobierno de Estados Unidos se niega a cambiar los términos de su relación con América Latina. Al contrario, persiste en su enfoque imperialista. La idea que la revolución será exportada a los otros países es también absolutamente falsa.

El latinoamericanismo crea una fuerza de una importancia geopolítica que puede afectar el curso de una revolución dentro de un país como El Salvador. Al igual que con la influencia

de la social democracia europea, la influencia del latinoamericanismo no es ninguna manera negativa, sino que permite al movimiento revolucionario evitar el aislamiento y unificar el deseo de la independencia y la auto-determinación con la necesidad de un cambio social

De hecho, una Centroamérica más independiente tendrá un impacto muy positivo en la correlación de fuerzas por todo el continente, no sólo en términos políticos sino también, a largo plazo, en términos económicos. La estabilidad dentro de la región convertirá a ésta en un mercado importante para muchos países latinoamericanos y hasta para Estados Unidos, si no logra cambiar su posición. De modo inverso, si Estados Unidos logra imponer su voluntad en Centroamérica y suprimir el esfuerzo revolucionario por la fuerza, la auto-determinación e independencia que necesita América Latina sufrirá como resultado. El fuego revolucionario será extinguido, pero dentro de poco brotará otro, mucho más grande, por toda América Latina.

En El Salvador, la clase media forma una parte importante de la sociedad. Su importancia proviene no tanto de su tamaño, aunque es relativamente grande para Centro América, sino de la contribución cualitativa que ha hecho a la sociedad salvadoreña. Hasta la fecha la oligarquía no ha otorgado a la clase media el espacio o poder suficiente sino ha pretendido instrumentalizarla, asustando a sus miembros con el miedo al cambio revolucionario.

La base de apoyo fundamental de la oligarquía siempre ha sido el ejército, quien ha sido más fácil organizar en torno a sus intereses que la clase media bien educada. Por esta razón la oligarquía siempre ha rechazado el Partido Demócrata Cristiano. Aceptó la participación del partido en la dirección política del país únicamente para salvarse después que los Demócrata Cristianos recibieron el patrocinio de Estados Unidos. Pero bajo las circunstancias, los Demócrata Cristianos se vieron obligados a asumir sus puestos sin un poder real, conscientes sin embargo del papel que estaban jugando como salvador del sistema oligárquico.

Con las reformas bloqueadas, y ante el pensamiento retrógrado de la oligarquía, sectores amplios de la sociedad tenían que formar parte del cambio social. Su importancia representa una razón más por la cual las alianzas del FMLN son necesariamente un componente estratégico de su enfoque. Esa política está alcanzando una mayor madurez con el tiempo y explica la base de la alianza FDR-FMLN.

En breve, las fuerzas que dirigen la campaña por el cambio en El Salvador no se limitan a las categorías clásicas de obreros y campesinos. El movimiento revolucionario alcanza otros sectores de la sociedad, incluyendo la clase media. Los acuerdos entre las distintas fuerzas involucradas en el esfuerzo determinarán los detalles del nuevo orden político.

En este sentido, los cambios que se buscan deben tener una base económica realista. La reforma agraria es clave ya que la tierra representa el factor fundamental en la economía y la fuente fundamental del conflicto social. Mientras la estructura agraria de El Salvador no se transforme profundamente, la guerra continuará por muchos años, no porque algún dirigente ordena el conflicto, sino por una razón social sencilla: demasiados salvadoreños viven en un área muy pequeña.

El sistema de tenencia de la tierra está al centro del poder de la oligarquía. Tiene que cambiar. Puede existir mayor flexibilidad con respecto a otros cambios estructurales, los cuales en todo caso emanarán de los cambios en el sector agrario. Es obvio que una reforma del sistema de tenencia de la tierra no eliminará el sector privado, al contrario, lo modernizará y le ofrecerá nuevas oportunidades para el desarrollo. Pero la reforma agraria obligará al sector privado entender que tiene que darse una reorientación de la sociedad salvadoreña y que dentro de esa sociedad tiene que aceptar un nuevo papel.

El sector privado debe operar dentro de un nuevo contexto estructural en el mundo de hoy, una combinación de los sectores privados y público puede conllevar al desarrollo más rápido de la sociedad salvadoreña que un mo-

delo supuestamente más radical y cerrado. El sector privado tiene que formar parte del sistema, pero no puede ser el único actor capaz de dirigir el sistema. Nuestro objetivo es el desarrollo. Un enfoque ideologizado no tiene utilidad si no resuelve los problemas de la pobreza. Pero El Salvador no puede desarrollarse si Estados Unidos no entiende su realidad y lo obliga a desarrollar una economía de guerra.

Dentro del nuevo sistema debe existir espacio para la competencia política interna, con elecciones democráticas y partidos políticos, permitiendo a las masas de esta manera participar en la toma de decisiones en la gestión política, económica y social del país. La participación obliga a las masas a defender sus nuevos logros por medio del debate y el involucramiento diario. Esto debería de hacer posible sostener el equilibrio en la participación política de aquellas fuerzas sociales que promueven el cambio. La participación de éstas tiene la ventaja también de garantizar la defensa política de la revolución. Sin embargo, para que la democracia política tenga sentido, tiene que existir también la democracia económica. El pueblo tiene que comer, educarse y tener acceso a los servicios de salud, así como elegir a sus representantes y tomar decisiones con respecto al futuro de su país.

La democracia tiene que forjarse desde arriba y desde abajo. No es suficiente votar una vez cada 5 años, no bastan tampoco los parlamentos. La democracia tiene que ser basada en la voluntad popular. Tiene que ser apoyada por todas las fuerzas políticas que estén ligadas a las masas. El propósito de los partidos políticos es no sólo competir en las elecciones sino también ayudar a orientar y educar al pueblo en el ejercicio diario del poder. La democracia participativa permite la auto-gestión de las masas, la democracia electoral contiene la legitimidad a la revolución, reafirma su apoyo masivo, y permite la participación equilibrada de todos los sectores en el ejercicio del poder.

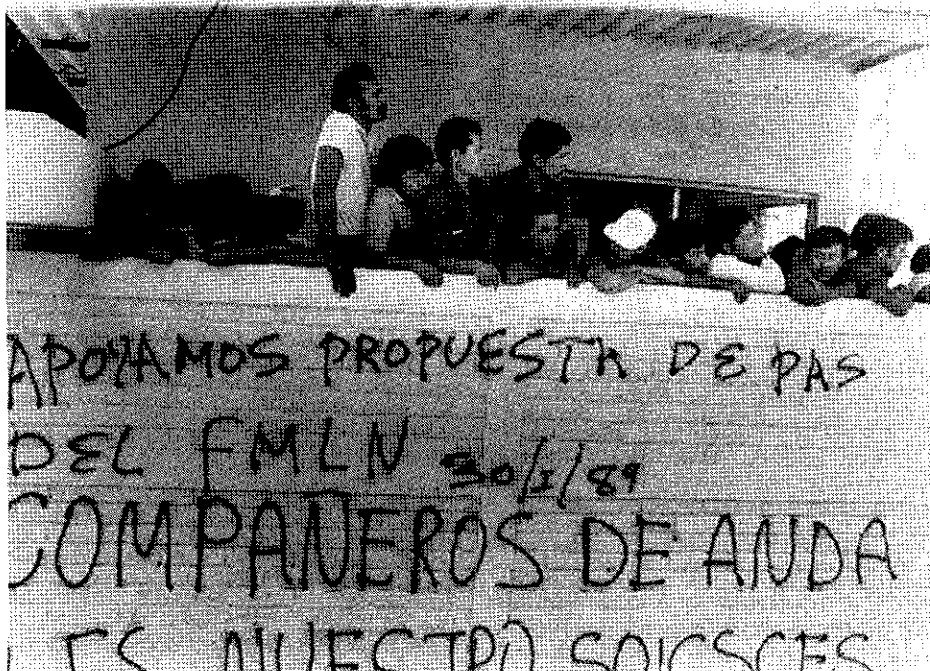
Dada la composición de la sociedad salvadoreña, un sistema unipartidista no corresponde a la realidad salvado-

reña, tampoco debe confundirse la unidad de las fuerzas revolucionarias en un solo partido con una sociedad unipartidista. De hecho, no es siquiera posible aplicar mecánicamente la teoría del partido revolucionario clásico a nuestra revolución. En el Salvador, las fuerzas a la vanguardia del cambio social son más amplias y no pueden limitarse a los modelos adoptados durante la revolución bolchevique. La participación de la clase media, los cristianos, las mujeres y otros confieren al socialismo salvadoreño un carácter muy distinto al modelo clásico del socialismo de Europa Oriental. Existe la necesidad de una mayor flexibilidad, acorde con la sociedad multipartidista, entre las mismas fuerzas revolucionarias.

Las elecciones forman parte del programa del FMLN. El FMLN a las elecciones actuales y pasadas representa una posición de oposición a las elecciones bajo una dictadura y en un país dominado por Estados Unidos. Me pregunto cuántos estadounidenses votarían y cuántos rechazarían las elecciones si su país estuviera sometido a un poder extranjero. El FMLN no teme las elecciones. Bajo condiciones justas la mayoría de los salvadoreños por el cambio revolucionario.

El 24 de enero de 1989, el FMLN propuso públicamente la postergación de las elecciones programadas para el 19 de marzo hasta el 15 de septiembre. Esta propuesta histórica pretendía abrir un nuevo camino hacia una solución política y podría ser el inicio de un proceso de negociación. Bajo la propuesta del FMLN, el gobierno salvadoreño tomaría medidas para garantizar las condiciones que permitirían al pueblo expresar su voluntad libremente. El gobierno de Estados Unidos no pretendería influenciar el proceso electoral. El FMLN, por su parte, pediría a sus simpatizantes su participación en las elecciones mediante el voto por la plataforma y candidatos de la Convergencia Democrática, la cual incluye dos de los partidos en el FDR. También se comprometería con respetar el proceso electoral y sus resultados.

Con esta propuesta el FMLN está haciendo un esfuerzo final por detener



un estallido social. El FMLN está ofreciendo quitar uno de los obstáculos más mencionados por el gobierno y Estados Unidos como excusa para evitar una verdadera solución política. La base por esto es la convicción que la alianza democrática y revolucionaria goza del apoyo de la mayoría del pueblo salvadoreño, también refleja la responsabilidad del FMLN en evitar el derramamiento de sangre que implicaría la continuación de la guerra.

La libertad de expresión se requiere también si se quiere lograr un equilibrio entre las fuerzas internas. A través del debate y la educación, las masas pueden aprender por qué tienen que defender su logro histórico, la revolución misma. Pero este conocimiento no se puede desarrollar sin una oposición, sin un entendimiento por parte de las masas del punto de vista de la oposición. El debate obliga a las fuerzas revolucionarias a desarrollar y profundizar sus posiciones revolucionarias y protegerlas del dogmatismo ideológico. El impulso del debate, el periodismo profesional tanto independiente como crítico es fundamental, a la vez, sin socavar la libertad de expresión tiene que romperse el control de la oligarquía sobre los medios de comunicación.

De igual manera que la revolución tiene que promover el desarrollo de El Salvador con los recursos propios del país, tiene que basar su propia defensa en el mismo principio. No sería ni necesaria ni realista armarnos excesivamente. La defensa tiene que fundamentarse en el pueblo. El hacerse probado inconquistable a través de la resistencia de todo un pueblo es suficiente para brindar un margen aceptable de seguridad. No se necesitan fuerzas militares grandes y sobreamados. En este sentido, la revolución no tiene que representar ningún peligro para Estados Unidos. La adquisición de armamentos grandes y sofisticados sólo proporcionaría a Estados Unidos un pretexto para intervenir. Sin embargo, las necesidades de defensa reflejan amenazas reales y potenciales, la agresión desde el exterior puede crear nuevas necesidades.

En breve, la revolución salvadoreña es condicionada por las realidades geopolíticas de América Latina y Estados Unidos. Este hecho implica, por un lado, una lucha por cambiar los términos de la relación entre El Salvador y Estados Unidos, y por otro lado, la necesidad de mantener relaciones con Estados Unidos. Estados Unidos debe rechazar una política de imperio, pero

El Salvador debe aceptar y entender el status de Estados Unidos como un país poderoso del hemisferio occidental. Un gobierno revolucionario debería evitar la confrontación con Estados Unidos, ya que es nuestro vecino más importante. Permanecemos vinculados por medio de lazos económicos, culturales y políticos más fuertes que los que nos unen a países en otras partes del mundo.

Existe una creencia, sostenida principalmente por parte de sectores claves de la sociedad estadounidense, que el cambio revolucionario implica un cambio hasta en los valores culturales de un pueblo, y que los participantes en una revolución latinoamericana no tardarán en abrazar los valores del socialismo de Europa Oriental. Pero los salvadoreños son un pueblo del trópico que ha vivido bajo la influencia cultural de Estados Unidos. Nuestra cultura es híbrida y abarca los valores del pueblo indígena, de colonos africanos y españoles, y de los anglosajones que viven al norte. Casi un millón de salvadoreños viven en los Estados Unidos. Debido a razones históricas, nos identificamos culturalmente con América Latina y Estados Unidos, tenemos pocos lazos culturales con Europa, con la excepción de España, y aun menos con Europa Oriental. Nuestro clima, nuestras tradiciones y nuestra ubicación geográfica crean estas realidades. Nadie puede repudiarlas, ya que nuestro pueblo las acepta, las entiende y las quiere.

El cristianismo es un caso ilustrativo, el surgimiento del movimiento revolucionario salvadoreño coincide históricamente con el vuelco de la iglesia católica hacia un mayor compromiso con la justicia social, la figura universal más importante en nuestra historia, el Arzobispo Oscar Arnulfo Romero, quien fuera asesinado en 1980, se ha vuelto el mártir principal en la causa de los pobres. En él se unieron los

valores de la fe, la humildad y el amor con el espíritu revolucionario del pueblo salvadoreño.

Estos jóvenes hombres y mujeres quienes ahora están en el movimiento revolucionario han crecido bajo la influencia de la música rock, Hollywood, salsa, el romanticismo mexicano, y el cristianismo. El proceso de fusión cultural entre América Latina y Estados Unidos forma parte de la cultura universal. Este tipo de influencia no puede ni debe estar sometida a restricciones ideológicas. Semejante dogmatismo no representaría el sentimiento verdadero de nuestro pueblo.

¿Representarán todas estas posiciones únicamente maniobras tácticas por parte del FMLN? A la inversa, ¿Indicarán que el FMLN está dispuesto a abandonar sus objetivos revolucionarios? La respuesta es que, cualquier nombre que se le dé al proceso, El Salvador necesita de un cambio profundo, y lo que el FMLN propone otros llamarán una revolución. Con esa afirmación, el FMLN no impulsa una visión dogmática de lo que quiere decir por revolución o socialismo. El objetivo es resolver los problemas sociales de El Salvador. Pretendemos llevar a nuestro pueblo a una etapa más avanzada en su desarrollo. No tenemos ningún deseo de reformar la sociedad de acuerdo a un plan fijo solamente con el fin de cumplir con nuestro plan. Buscamos un cambio radical en el sector agrario y una democracia pluralista verdadera. Una nueva correlación de fuerzas en la sociedad garantizará su supervivencia. Un punto central es la necesidad de responder a las realidades históricas concretas de nuestro país, lo cual requiere la participación democrática de las masas y de todas las fuerzas de la sociedad.

En El Salvador no es ni posible ni necesario llevar a cabo un plan para eliminar totalmente el sector privado, es-

tablecer un sistema unipartidista, impedir el acceso de los demás partidos a los medios de comunicación, romper con la iglesia, eliminar las elecciones, celebrar pactos militares con poderes extranjeros, permitir fuerzas militares extranjeras en suelo salvadoreño, ni algo más ridículo como permitir armas nucleares en territorio salvadoreño.

El FMLN persigue en El Salvador que sea abierto, flexible, pluralista y democrático tanto en la esfera económica como en la política. Esta democracia pluralista para El Salvador es posible hoy debido a un cambio en la correlación de fuerzas militares. Las fuerzas que ahora controlan a El Salvador, en su empeño por sobrevivir, han sido incapaces de modernizar el sistema, también han sido incapaces de profesionalizar el ejército, lo cual continúa su represión y sigue políticamente obediente a la oligarquía y los Estados Unidos. De hecho, la democratización precisará un cambio en el equilibrio de poder militar en el país. El cambio no significa necesariamente la destrucción del ejército. El futuro de éste dependerá de que si se da una solución negociada a la guerra o un triunfo revolucionario. El ejército representa el poder fundamental en la sociedad salvadoreña. Mientras no cambie el equilibrio militar, el cambio social será bloqueado porque el ejército siempre actuará para recomponer su poder. Por esta razón es absurdo sugerir que el FMLN deponga sus armas, ya que el FMLN es lo suficientemente fuerte que el ejército no lo puede derrotar militarmente. El Salvador necesita un cambio revolucionario para establecer una sociedad democrática y pluralista, ese cambio tiene que garantizarse mediante el poder militar. Por lo tanto, la mejor solución es la reconstitución del componente militar en la sociedad de modo que ni destruya el ejército ni desarme al FMLN.

